

especial á sus conciudadanos, intimándoles á volver á sus campamentos para cumplir con los deberes del honor; todos cuantos se hallasen fuera sin permiso, ó que hubiesen estado ausentes más tiempo del señalado para su regreso, deberían presentarse también sin la menor dilación. El Presidente otorgaba también una amnistía á cuantos se hallasen sufriendo condena por deserción. «Conjuro á mis compatriotas, —decía Jefferson Davis al terminar su proclama,—á las esposas, á las madres, á las hermanas y á las hijas de la Confederación, á poner en juego toda su influencia para que se responda á este llamamiento, añadiendo un sacrificio más á los que ya se deben á su patriotismo. Todos estamos obligados á no rehuir el cumplimiento de nuestros deberes y á no desertar de nuestras familias, de nuestro país y de nuestro Dios.»

Harto evidente era por esta proclama que el Sur había perdido sus ánimos, comenzando á reconocer la inutilidad de la desesperada lucha en que le habían lanzado algunos locos aventureros. La gloria de batirse por una república esclava había perdido sus encantos, y apenas podía decirse que existiese un estímulo mercenario, pues faltaba dinero para pagar á los soldados de la Confederación. El sueldo de las tropas, muy reducido, era ya del todo insuficiente para satisfacer sus necesidades, y aún así no se cobraba con puntualidad. El Secretario de la Guerra acababa de presentar un informe demostrando que el efectivo de las fuerzas era una mitad ó dos terceras partes menor que la cifra consignada en los registros militares. Con este motivo aconsejaba la derogación del sistema de sustitutos, que á la verdad se había exagerado en demasía.

Los reveses que sucesivamente sufrieron los confederados debían desvanecer sus últimas esperanzas de hacer triunfar la causa que defendían. La toma de Wiksburgo, la derrota de Getisburgo y la pérdida de otras posiciones ocupadas por los confederados, parecían apresurar el desenlace de la lucha. El mismo Jefferson Davis ya no pudo menos de reconocer la inminencia del peligro. Tanto es así que á pesar de ser necesaria su presencia en Richmond, resolvió ir á ver al general Hood y otros jefes del ejército para enterarse del verdadero estado de los asuntos del Sur. Los informes que recibió no fueron los más propios para infundirle esperanzas, pues supo que los confederados iban perdiendo terreno por todas partes, mién-

tras que el enemigo avanzaba rápidamente.

De regreso á Richmond, Jefferson Davis no vaciló en divulgar que la fuerza de los ejércitos confederados se había debilitado mucho; que el peligro era grave y que debía pensarse en adoptar las medidas necesarias para poner á salvo la Confederación, pues en su concepto esto era mucho más importante que el atender á la conveniencia de los ciudadanos en particular. Las quejas contra el gobierno de Richmond comenzaban á molestar al Presidente de la Confederación, quien comprendía que sus discursos y proclamas no eran ya suficientes para alentar á las tropas ni tampoco para infundir esperanzas al pueblo. Por eso había celebrado una entrevista con varios generales para acordar lo que debería hacerse en el caso de que el enemigo atacara las últimas posiciones.

El general Lee, acosado de cerca por los federales, habíase visto en la precisión de abandonar sus posiciones de Petersburgo para evitar una derrota segura, y sin perder momento dispuso que las tropas se replegaran sobre Danville. Este caso estaba ya previsto por los jefes del ejército, y tanto es así, que Jefferson Davis acababa de abrir una almoneda para vender todo su mobiliario y seguir á las tropas. En un consejo de guerra celebrado en Richmond el 29 de marzo anterior, bajo la presidencia del mismo Jefferson Davis, el general Lee y los miembros del gabinete convinieron en que no era posible defender por más tiempo unas líneas tan extensas, que iban prolongándose sin cesar hácia la derecha según avanzaba el enemigo. Es cierto que no faltaban defensores, pues aún había sesenta mil hombres disponibles, y además hallábase cerca el ejército de Johnston con otros cuarenta mil, pero aún con estos cien mil hombres hubiera sido difícil sostener un sitio en regla, porque la posición era demasiado extensa, la plaza carecía de una ciudadela central, y aquellas fuerzas no bastaban seguramente para cubrir unas líneas de defensa que desde Five Forks hasta la parte Norte de Richmond no medían menos de setenta á setenta y cinco millas de longitud. Prescindiendo de esto, la guarnición no era bastante para intentar la ofensiva sobre un punto cualquiera de la línea del enemigo, pues éste se hallaba perfectamente atrincherado, y se corría el riesgo de sufrir una sensible derrota. Por otra parte, la desmoralización había hecho en el ejército rápidos progresos; cierto que las tropas se sujetaban á la disciplina y atacaban con vigor al

enemigo, mas cuando se veían cercadas ó en peligro, desbandábanse, y los soldados se dejaban coger á centenares y hasta á miles, como así lo probaban las masas de prisioneros conducidos diariamente á City-Point. Los soldados iban tan hambrientos que no se necesitaba guardia para evitar que se escaparan de la prisión; las raciones que se les distribuían eran los mejores carceleros. En cuanto á la población de Richmond, su situación iba siendo cada vez más crítica: los ricos habían llegado á ser pobres, las familias acomodadas se hallaban sumidas en la más espantosa miseria; los víveres escaseaban; no había más dinero que el papel moneda, el cual apenas tenía valor alguno; y en una palabra, para que se comprenda cuán angustiosa era para todos la situación, baste decir que un pan llegó á valer cien duros y un jamon rancio quinientos. Una caja de fósforos costaba dos duros; los demás artículos de primera necesidad se vendían á precios fabulosos, y aún así no había víveres para todos los que querían comprar.

Teniendo en consideración todos estos inconvenientes, el consejo de guerra confederado opinó que para prolongar la lucha no quedaba otro medio sino abandonar aquella desgraciada ciudad y retirarse al interior del país, á una posición más desembarazada que Richmond; y puesto á discusión este punto, acordóse por unanimidad trasladar el gobierno á Danville. En su consecuencia, todos los inmensos archivos del Capitolio, las prensas para hacer billetes, y los efectos de las oficinas, fueron trasladados inmediatamente á dicho punto por el camino de hierro, y al mismo tiempo se expidieron las órdenes oportunas al general Ewell, jefe de la guarnición, para que destruyera los puentes del Jacabo, así como también los arsenales y los polvorines, cuando las tropas hubieran evacuado completamente la ciudad.

En la mañana del 2 de abril de 1865, Jefferson Davis, que estaba en la iglesia, recibió un parte del general Lee en el cual le manifestaba que rotas sus líneas por tres puntos á la vez, y atendida su crítica situación, iba á expedir las órdenes oportunas para emprender la retirada á Danville en la noche siguiente. Al recibir este mensaje, Davis, que escuchaba con el mayor recogimiento el sermón, no dijo una sola palabra ni dió á conocer su emoción, pero salió inmediatamente de la iglesia, y poco después fueron llamadas otras muchas personas que también se hallaban en el templo. Muy pronto

circuló por todas partes el rumor de que el enemigo atacaba la ciudad misma; cundió el pánico de un extremo á otro de Richmond, y á las dos ó tres horas reinaba la mayor confusión hasta en las calles más lejanas. Llegada la noche, las llamas del incendio y el ruido de las explosiones producidas á consecuencia de haberse pegado fuego al arsenal y á los diversos depósitos de municiones, contribuyeron á sembrar el espanto en la ciudad, que bien pronto iba á verse abandonada de todos sus habitantes.

Jefferson Davis, entre tanto, se había trasladado á Danville apresuradamente; instalóse en esta ciudad con su gabinete y los funcionarios de su gobierno, y acto continuo expidió una proclama, cuyo objeto era excitar á sus compatriotas á continuar la guerra. Hé aquí su contenido:

«Hemos entrado en una nueva fase de la lucha; no siendo ya necesario emplear una parte de nuestras fuerzas en la defensa de ciudades determinadas, el ejército podrá trasladarse fácilmente de un punto á otro para combatir al enemigo poco á poco, que se halla ya lejos del centro principal de sus operaciones. Tengamos fuerza de voluntad y seremos libres.

»Animado por la confianza que me inspiran vuestro valor y energía, debo anunciaros, queridos compatriotas, que mi propósito es defender vuestra legítima causa hasta donde lleguen mis fuerzas, y estad seguros de que jamás consentiré en ceder al enemigo un solo palmo de terreno en todo el territorio de la Confederación. Virginia, ese noble Estado cuya fama y nombradía corre parejas con su gloriosa historia, cuyos hijos combaten como héroes, y cuyas hijas se han distinguido por numerosos rasgos de valor sublime durante esta guerra; Virginia, con el auxilio de su pueblo y la protección de la Divina Providencia, será defendida como hasta aquí, y no aceptaremos la paz con los infames invasores de su territorio.

»Si por la superioridad del número nos viésemos alguna vez en la precisión de alejarnos de los límites de este Estado ó de otro cualquiera de los del Sur, volveremos una y otra vez, hasta que rendidos nuestros adversarios, desistan de su loco empeño de convertir en esclavos á los que nacieron para ser libres.

»Compatriotas: lejos de perder los ánimos, confiemos en la protección del Altísimo, y esperemos al enemigo con ánimo firme y esforzado corazón.

»JEFFERSON DAVIS.»



Expedida esta proclama, el Presidente de la Confederación permaneció algunos días en Danville, esperando con la mayor ansiedad al general Lee, ya que no la noticia de su pronta llegada; pero cuando supo que el ejército de Richmond se había rendido en Appomattox, cosa que apenas podía creer, abandonó la ciudad, dirigiéndose por el camino de hierro á Greensboro, pues ya no le quedaba otra alternativa. Sin embargo, como en este último punto no encontrara casa donde alojarse con su comitiva, trasladóse luego por Salisburgo á Charlotte, donde habiéndosele recibido con la mayor deferencia, permaneció algunos días, hasta que alarmado por la noticia de que se acercaba la caballería de Stoneman, encaminóse rápidamente hácia Yorkville, seguido siempre de los individuos de su gabinete y de una escolta de dos mil jinetes. A los pocos días, no obstante, Jefferson Davis se vió abandonado de la mayor parte de los que le seguían; sólo quedaron con él Mr. Reagan, último director de Correos de la Confederación, su Estado mayor y la escolta, compuesta de unos cien hombres, con los cuales se dirigió más hácia el Sur, proponiéndose, sin duda, reunirse con las tropas de Taylor ó Kirby Smith, y en caso de no encontrarlos, embarcarse en cualquier punto de la costa. Jefferson Davis se había separado de su familia para obrar con más libertad; mas al saber que se había tratado de robar á su señora, creyéndose que llevaba muchas alhajas, fué á reunirse con ella al momento.

La verdad es que después de la rendición del general confederado Johnston, el gobierno federal temió que Davis huyera por el sudoeste, como así lo había hecho efectivamente, para establecer su gobierno en una ciudad lejana y comenzar de nuevo la lucha con las fuerzas que aun quedaban en pié de guerra; asegurándose, además, que llevaba consigo valores considerables, y se juzgó prudente apoderarse á toda costa del fugitivo lo más pronto posible. En su consecuencia se ordenó al general Wilson ocupar todos los caminos para impedir que el Presidente confederado pudiese escapar; pero Jefferson comprendía muy bien ya que la Confederación estaba aniquilada, sin que fuera posible restablecerla, y por lo tanto sólo se proponía oponer alguna resistencia con el ejército del general Kirby Smith á fin de obtener para los jefes de la rebelión condiciones más favorables que las que de otro modo se les habrían concedido.

En su consecuencia, apenas hubo dejado á su esposa y su familia en lugar seguro, resolvió cruzar el Chatahooges, y después de reunirse con las tropas del general Taylor, avanzar con ellas hasta el cuartel general de Kirby Smith. Como ya hemos dicho, las fuerzas que le acompañaban desde la Carolina del Norte le habían abandonado, siguiéndole sólo algunos hombres fieles. Los pobres fugitivos avanzaban penosamente por las desoladas tierras de Georgia, atormentados continuamente por el temor de ser descubiertos y deteniéndose muy poco para no caer en manos de sus perseguidores. Sin embargo, á primera hora de la mañana del 10 de mayo de 1865, hallándose Jefferson Davis en Irwinsville con su familia y su escolta, su criado le despertó, cuando dormía más profundamente, y díjole que estaban rodeados por una numerosa fuerza. Davis saltó del lecho, y quiso ir á buscar su caballo, creyendo que aún le sería posible escapar; pero el caballo estaba ya en poder de los federales, y la resistencia era imposible (1). Un momento después fué hecho prisionero con el teniente coronel Pritchard, su esposa é hijos; Mr. Reagan, director que era de Correos; su secretario particular, el coronel Harrison; sus ayudantes de campo, y los pocos voluntarios que le acompañaban, todos los cuales fueron conducidos, bien custo-

(1) Al referir los detalles de la captura del Presidente de la Confederación, el historiador Spencer dice lo siguiente:

«Se han hecho tantas versiones acerca de la tentativa de Mr. Jefferson Davis para escapar de manos de sus perseguidores, vestido de mujer, que nos parece oportuno consignar aquí los detalles que dió el teniente Stuart al referir el hecho, y que parecen ser completamente exactos. Hélos aquí:

»Al amanecer se oyeron algunos tiros, y creyendo que habria ocurrido un encuentro entre sus pocos defensores y algun destacamento enemigo, Jefferson Davis se dirigió apresuradamente hácia el sitio donde en su concepto se había empeñado alguna escaramuza, diciendo ántes á su señora:

«Creo que aún me respetarán.»

»Apénas hubo dado algunos pasos, con intencion de evitar la efusion de sangre, invocando una autoridad que ya no existía, Davis vió avanzar á varios jinetes que ocupaban todo el camino, y entónces no pudo ménos de exclamar con acento de enojo: «¡ Ah, son federales!»

«Pues ya no podeis huir,» gritó la señora Davis, poseida de una profunda emocion.

»Pero de pronto, una idea repentina cruzó por su mente, una de esas ideas que sólo conciben las mujeres cuando se trata de salir de un apuro. Cogiendo una colcha, formó con ella una especie de falda, que puso á su esposo, y cubriéndole después la cabeza y la espalda con un pañuelo de abrigo, aconsejóle que se alejara lo más rápidamente posible, confiando su salvacion á la velocidad de su caballo. Persuadido Jefferson Davis de que no quedaba otra alternativa, despidióse de su señora, y como estaba muy cerca del sitio donde habia depositado sus armas y su equipaje, aventuróse á probar fortuna una vez más. Pero ya era tarde: ántes de que el fugitivo pudiera dar tres pasos, vióse rodeado por sus perseguidores, y entónces el Presidente de la Confederación no tuvo más remedio que entregarse como prisionero. Esta es la verdad del hecho, y desde luego podemos asegurar que todo cuanto se ha dicho, asegurando que Davis se había disfrazado perfectamente de mujer y que sólo se le reconoció por las espuelas, es de todo punto inexacto.»

diados, á Macon, y desde aquí al fuerte Monroe, en Virginia.

La prolongada prision de Jefferson Davis se ha considerado por muchos, y no sin razon, como un ejemplo de vengativa crueldad por parte del gobierno federal. Es muy duro para un hombre verse privado de su libertad sin que, en rigor, se le pueda hacer ningun cargo, pues el gabinete del Presidente Johnson no formuló la acusacion que debía producir. Habíase creído firmemente durante largo tiempo que Jefferson Davis estaba complicado en la conspiracion para asesinar al Presidente Lincoln y á su ministro Seward; pero después se reconoció que era imposible obtener prueba alguna concluyente sobre este punto.

Entre tanto, Davis continuó detenido en el fuerte Monroe, hasta que su salud se alteró gravemente; pero ya una paz continuada desvanecía los temores del partido republicano; ante el enemigo caído, que probablemente no deseaba renovar una lucha inútil ni tenia tampoco fuerzas para ello, despertóse un sentimiento de generosidad, nunca ausente en el pueblo americano, y se pensó que retener á un hombre prisionero, aplazando indefinidamente la vista de su causa, era violar las leyes más elementales de la libertad y de la justicia. En su consecuencia, Mr. Davis fué puesto en libertad bajo fianza en 13 de mayo de 1867, permitiéndole trasladarse al Canadá para restablecer su salud, y en febrero de 1869 renuncióse á todo procedimiento contra el ex-presidente de la Confederación. Las consideraciones del gobierno de los Estados Unidos para con los

ciudadanos traidores fueron seguramente dignas de elogio y merecieron la aprobacion general. Booth y Payne, los asesinos de Lincoln y de Seward; Harold, cómplice del primero; un tal Atzerot, complicado en el crimen, y Surratt, que recibió á Booth en su casa cuando acababa de matar al Presidente, fueron los únicos que pagaron con la vida el infame delito. Decimos mal, hubo otra ejecucion, la del capitán separatista Wirz, que habiendo sido nombrado alcaide de la prision de Andersonville, trató á los prisioneros federales con una crueldad repugnante, llegando á veces á mandar fusilarlos sin motivo. Juzgado por un consejo de guerra en Washington, se le condenó á muerte y fué ejecutado en 1865.

Una vez que hubo vuelto á la vida privada, Jefferson Davis se dedicó á las operaciones comerciales, como único medio de reponer su quebrantada fortuna. Los jefes militares de la Confederación, á quienes no se molestó absolutamente, consagróse á trabajos pacíficos, en los que algunos se distinguieron mucho más y con mejor fortuna que en la lucha fratricida en que ántes tomaran parte. Los jefes políticos, temiendo las consecuencias de su rebelion, huyeron al Canadá ó á Inglaterra; pero no pasó mucho tiempo sin que se les ofreciera ocasion de volver á su país con la seguridad de no ser molestados, pues el Presidente concedió una amnistía el 29 de mayo de 1865. Stephens y otros elevados funcionarios de la Confederación obtuvieron tambien gracia, y en el trascurso de uno ó dos años dióse al más completo olvido todo lo pasado.